

Entre bastidores: los crímenes del chovinismo

León Trotsky

23 de diciembre de 1912

(Versión al castellano desde “IV. Dans les coulisses (les crimes du chauvinisme”, en L. Trotsky, *Les guerres balkaniques. 1912-1913*, Éditions science marxiste, París, 2002, páginas 142-148. Publicado en *Kievskaja Mysl'*, número 355, 23 de diciembre de 1912.)

Lo que sigue es, casi palabra por palabra, el relato de un amigo mío serbio (lo escribí bajo su dictado).

- Durante la guerra, tuve la oportunidad (no puedo decir si fue afortunada o no) de visitar Skopje unos días después de la batalla de Kumanovo. La irritación con la que mi solicitud de autorización había sido recibida en Belgrado, y los engañosos obstáculos puestos por el ministerio de la guerra, me habían hecho sospechar que los señores al frente de las operaciones militares no tenían la conciencia tranquila, y que lo que allí había sucedido difícilmente se correspondía con la verdad oficial de los comunicados gubernamentales. Esta impresión, o más bien esta premonición, se vio reforzada por un encuentro casual en el tren de Niš con un oficial que se dirigía a Skopje con un mandato del estado mayor.

- Cuando este oficial, un hombre recto y honesto al que conocía desde hacía mucho tiempo, se enteró de que yo iba a Skopje con un permiso regular, no pudo ocultar su desaprobación. Dejó caer que, si no tenía ningún asunto urgente que atender allí, podía ahorrarme el viaje a Skopje, y añadió que las autoridades de Belgrado no sabían lo que hacían, y que había que impedir que los “extranjeros” fueran a Skopje. Cuando llegamos a Vranje, en la frontera serbia, el oficial tuvo que aceptar que yo no había cambiado de opinión. Así que cambió el tono, murmuró algunas frases incómodas e intentó prepararme para lo que me esperaba en Skopje. “Son cosas desagradables pero inevitables, por desgracia”, me dijo. Lo que dijo implicaba, entre otras cosas, y esto me pareció obvio, que se trataba de razones de estado. Esto me desconcertó aún más. Por lo que yo sabía, pensé, las atrocidades, de las que también había llegado a Belgrado un vago rumor, no eran el resultado de episodios accidentales, aislados y excepcionales, pues de lo contrario un honorable oficial no las habría justificado invocando la “raison d’Etat”. Alguien tenía que ser responsable de todo aquello. ¿Pero quién? ¿Las autoridades militares? ¿El gobierno? La respuesta a esta pregunta llegó muy pronto: cuando llegué a Skopje.

- De hecho, una vez cruzada la antigua frontera serbia, el horror se apoderó de nosotros, incluso antes de llegar. Eran las cinco de la tarde, nos acercábamos a Kumanovo; el sol se desvanecía y oscurecía. Y a medida que el cielo se oscurecía, el resplandor de los incendios se hacía más claro. Todo a nuestro alrededor ardía. Aldeas albanesas enteras (cercanas y lejanas, e incluso cerca de la vía férrea) estaban reducidas a ruinas humeantes. Fue el primer exterminio mutuo real y auténtico de seres humanos que había presenciado en tiempos de guerra. Casas y propiedades familiares, transmitidas de padres a hijos, se convertían en humo. La monotonía de este espectáculo nos acompañó durante todo el viaje hasta Skopje.

- Llegamos a las diez de la noche. Cuando bajé del vagón de ganado en el que había viajado, la ciudad estaba en silencio y no se veía un alma por las calles. Sólo había un grupo de soldados frente a la estación, de donde salía la voz chillona de un borracho. Los demás pasajeros que habían bajado del tren siguieron su camino y yo me quedé allí, en la estación, solo. Me acerqué al grupo. Cuatro soldados, con las bayonetas caladas en

los cañones de sus fusiles, rodeaban a dos jóvenes albaneses con gorras blancas. Un suboficial borracho, un *komitadži* (chetnik), sostenía una *kama* (espada macedonia) en una mano y una botella de coñac en la otra. Ordenó a los albaneses: “¡Sentaos!”, y los pobres hombres, medio muertos de miedo, se arrodillaron. “¡Levantaos!” y se levantaron. La escena se repitió varias veces. Entonces el suboficial apuntó su espada a la garganta, luego al pecho de sus víctimas, amenazándolas e insultándolas. Les obligó a beber el coñac y ... los abrazó. Borracho de poder, alcohol y sangre, el suboficial jugaba con ellas como un gato con un ratón. Tenía los mismos caprichos y la misma psicología que éste. Los otros tres soldados, que no estaban borrachos, permanecían como estacas vigilando a los dos albaneses para impedir cualquier huida o intento de resistencia. El suboficial se divertía. “Son unos arnautas”, dijo simplemente un soldado. Ahora se les va a degollar”.

- Horrorizado, me alejé del grupo. No tenía sentido intentar proteger a los albaneses. Sólo una fuerza armada podría haber rescatado a esos dos hombres de las garras de los soldados y el suboficial. Y todo esto ocurría frente a la estación, justo después de que llegara un tren. Escapé, horrorizado, para no oír los gritos de dolor y los gritos de auxilio.

- Las calles estaban en silencio. Era como estar en una ciudad abandonada. A las seis de la tarde, todos los portones y puertas estaban cerrados. Al caer la noche, los *komitadži* hacían estragos. Irrumpían en casas turcas o albanesas y allí llevaban a cabo el mismo ritual de saqueo y asesinato. Skopje tenía sesenta mil habitantes, la mitad de los cuales eran albaneses y turcos. Algunos habían huido, pero la gran mayoría se había quedado en la ciudad. Y todas las noches había un baño de sangre.

- Antes de mi llegada a Skopje, dos mañanas seguidas los habitantes encontraron montones de cadáveres bajo el puente principal sobre el Vardar, es decir, en pleno centro de la ciudad. Eran albaneses a los que habían cortado la cabeza; algunos decían que eran de la ciudad y habían sido asesinados por los *komitadži*, otros sostenían que los cadáveres, que habían aparecido bajo el puente, habían sido llevados allí por la corriente. En cualquier caso, era obvio que estos hombres decapitados no habían muerto en combate...

- Skopje está reducida a un campamento militar. Los habitantes, sobre todo los musulmanes, esconden y por las calles sólo se ven soldados. Entre la masa de soldados, también hay campesinos serbios, originarios de toda Serbia. Con el pretexto de buscar a sus hijos y hermanos, cruzan la llanura de Kosovo y se lanzan al asalto. Intercambié algunas palabras con tres de estos chacales. Habían venido a pie desde Šumadija, en el centro de Serbia, y habían cruzado la llanura de Kosovo. El más joven de ellos, de baja estatura y expresión fanfarrona, se jactaba de haber matado a dos arnautas en Kosovo con un fusil de tiro rápido. “Eran cuatro, pero dos consiguieron escapar”. Sus compañeros de viaje, viejos campesinos de aspecto serio, confirmaron su historia. “Es una pena”, se lamentaban, “que no llevemos mucho dinero. Aquí hay muchos bueyes y caballos. El soldado, que cobra dos dinares (setenta y cinco kopeks), va al pueblo albanés más cercano y te trae un buen caballo. Los soldados pueden conseguirte un par de bueyes, bestias fuertes, por sólo veinte dinares”. Desde la región de Vranje, la población ha descendido en masa sobre las aldeas albanesas y se ha apoderado de todo lo que ha podido. Las campesinas incluso han arrancado las puertas y ventanas de las casas albanesas y se las han llevado cargándolas a la espalda.

- Se nos acercaron dos soldados del destacamento encargado de desarmar a los albaneses de las aldeas. Uno de ellos me pregunta dónde puede cambiar una lira de oro. Le pido que me la enseñe, ya que nunca había visto esta moneda turca. El soldado mira a su alrededor con cautela y luego saca la lira de su monedero. Con un gesto elocuente, deja claro que tiene otras, pero no quiere que nadie lo sepa. Se sabe que una lira turca vale veintitrés francos.

- Escuché la conversación de tres soldados que pasaban a mi lado. “Ni siquiera sé a cuántos albaneses he matado”, dijo uno, “pero no valía la pena porque no llevaban nada de valor. Luego maté a una *bula* (mujer musulmana) y le encontré diez liras de oro”.

- Hablaban de esto abiertamente, con aire indiferente, como si fuera algo normal. La gente no se da cuenta de los enormes cambios interiores que provoca la guerra en el espacio de unos pocos días. Así es como las personas dependen de las condiciones que les rodean. Sumidos en la situación de brutalidad organizada que es la guerra, la gente se insensibiliza sin darse cuenta.

- Un pelotón de soldados cruza la calle principal de Skopje. Un turco, borracho y probablemente medio loco, insulta a los soldados. Los soldados se detienen, empujan al turco contra la pared de la casa más cercana y lo matan en el acto. A continuación, el pelotón sigue su camino, imitado por los transeúntes. El incidente ha terminado.

- Esa misma noche, me encontré con un cabo conocido mío en un hotel. Su destacamento tenía su base en Ferizovi, una ciudad albanesa de la Vieja Serbia. Su misión consistía en llevar un pesado cañón de asalto, con sus hombres, desde el desfiladero de Koçani hasta Skopje. Desde allí, el cañón debía ser transportado al ejército alineado frente a Andrinópolis.

- Pero, ¿qué estás haciendo en Ferizovi con los albaneses?, le pregunté.

- Estoy asando pichones y matando a los arnautas. Pero ya he tenido bastante (añadió con un bostezo, acompañando sus palabras con un gesto cansado e indiferente). Hay gente rica entre ellos. Entramos en un próspero pueblo cerca de Ferizovi, con casas que parecen torres. Entramos en el patio de una de las casas. El dueño, un anciano muy rico, tenía tres hijos. Sólo eran cuatro, pero había muchas mujeres. Los sacamos a todos de la casa, los pusimos en fila y fusilamos a sus hombres delante de ellas. No lanzaron ni una sola queja, como si no les importara. Sólo nos preguntaron si podían irse a casa y recoger sus cosas. Se lo permitimos. Nos dieron a cada uno un regalo caro. Luego prendimos fuego a la casa.

- Pero ¿por qué tanta brutalidad?, le pregunté, escandalizado por su relato.

- No se puede hacer de otra manera, y luego te acostumbras. Tengo que decir que en tiempos normales no habría sido capaz de matar a un anciano o a un niño inocente. Pero en tiempos de guerra, ya sabes, el comandante da órdenes que hay que cumplir. Cosas como la que acabo de contarte han ocurrido muchas veces, incluso recientemente. Mientras arrastrábamos el cañón de vuelta a Skopje, nos cruzamos con un carro en el que había cuatro campesinos tumbados con una manta hasta la cintura. Inmediatamente sentí olor a yodoformo. Algo va mal, pensé. Di la orden de parar el carro y pregunté quiénes eran y adónde iban. Fingieron no entender el serbio y no contestaron. Era un gitano el que conducía. Nos explicó que eran cuatro albaneses que habían sobrevivido a los combates de Merdar. Habían sido heridos en una pierna y volvían a casa. Estaba muy claro.

- Bajad, les dije. Lo entendieron, pero no querían bajarse del carro. ¿Qué podía hacer? Fijé mi bayoneta y los maté a los cuatro, allí mismo, en el carro.

- Conocía a este hombre. Había trabajado como camarero en Kragujevac. Era un joven sin cualidades particulares y nada beligerante, un camarero como tantos otros, en fin. En aquella época, incluso se afilió al sindicato de camareros. Creo que incluso fue su secretario durante un tiempo y luego se marchó... y en eso se convirtió, después de sólo tres semanas de guerra.

- Pero os comportáis como bandidos. ¡Matáis y robáis indiscriminadamente!, exclamé, alejándome de aquel hombre por el que ahora sentía una repulsión física.

- El cabo parecía confuso. Debía de recordar algo que le pesaba. Finalmente se justificó diciendo, en tono solemne y convencido, unas palabras que arrojaban una luz aún más siniestra sobre lo que yo había visto y oído.

- No, no es verdad. En el ejército regular cumplimos las normas y nunca matamos a nadie menor de doce años. No pondría la mano en el fuego cuando se trata de los *komitadži*, porque con ellos es otra historia; en cambio, puedo decir cómo son las cosas en el ejército.

- El cabo no estaba dispuesto a responder por los *komitadži*. Y es cierto que los *komitadži* no conocían límites. La mayoría de ellos han sido reclutados entre canallas, vagabundos, el subproletariado y la escoria de la sociedad. Han hecho del asesinato, el robo y la violencia, un divertido deporte. Sus acciones hablan por sí solas. Las propias autoridades militares se escandalizaron por las sangrientas bacanales en que ha degenerado la lucha de los chetniks y tuvieron que tomar medidas draconianas. Ni siquiera han esperado al final de la guerra para desarmarlos y enviarlos a casa.

- El aire de Skopje ha devenido irrespirable: ya no lo soporto más. El interés político y la curiosidad intelectual que me llevaban a ver las cosas con mis propios ojos se han desvanecido por completo. Lo único que quería era marcharme cuanto antes. Me encontré de nuevo en el vagón de ganado, contemplando la llanura de Skopje. ¡Qué paisajes! ¡Qué belleza! La gente podría haber vivido en un lugar así sin problemas, y por otra parte... Pero no hace falta que te diga todas estas cosas, tú eres de la misma opinión que yo. Es sólo que allí la fuerza de mis ideas se multiplicó por diez. Un cuarto de hora más tarde, el tren salió de la estación. Miré hacia fuera. A doscientos pasos de la vía, vislumbré un cadáver junto a un fez. Estaba tumbado boca abajo con los brazos extendidos. A dos pasos de él, dos soldados serbios, pertenecientes a las unidades que montaban guardia en las vías, charlaban y bromeaban. Uno de ellos señalaba al cadáver. Estaba claro que eran los autores del crimen. Rápido, rápido (pensé), llévame lejos de aquí.

- No lejos de Kumanovo, en un campo de forraje cercano a la vía férrea, algunos soldados estaban cavando enormes fosas. Les pregunté por qué. Me explicaron que tenían que enterrar quince o veinte vagones de carne podrida que se encontraban en una vía en desuso. Al parecer, los soldados rechazaban las raciones de carne. Cogían directamente lo que necesitaban, e incluso más, de los hogares albaneses. Leche, queso, miel. “Estos días he comido más miel que en toda mi vida, a costa de los albaneses”, me dijo un soldado que conozco. Todos los días los soldados matan bueyes, ovejas, cerdos y pollos y tiran lo que no han comido. “Tenemos carne de sobra”, me dijo un oficial encargado de los suministros. “Pero no tenemos suficiente pan. Ya hemos escrito a Belgrado cientos de veces para pedirles que dejen de enviar carne, pero, de acuerdo con los procedimientos establecidos, sigue llegando.”

- Quise verlo de cerca y vi lo que vi. La carne del ganado, como la de los hombres, se pudre. Las aldeas son ruinas humeantes y los soldados exterminan a los “mayores de doce años”. Allí, la gente se vuelve brutal y pierde toda dimensión humana. Basta con levantar el telón entre bastidores de las gloriosas empresas militares para que la guerra se revele, ante todo, abyecta...

Edicions Internacionals Sedov

Serie: *Trotsky inédito en internet y en castellano*



germinal_1917@yahoo.es